

CASA NUEVA, ¿VIDA NUEVA?: EL PARADÓJICO AMANECER EN LAS VILLAS

Juan Carlos Skewes V.

Antropólogo U. Chile. Phd U. Minnesota

Profesor Universidad Austral de Chile

Los círculos sólo existen en el cielo, así por lo menos lo sugería un viejo antropólogo. En la realidad mundana, los círculos son irregulares, toscos, sinuosos a veces. Así también ocurre con la habitación popular: no hay casas perfectas para el pueblo (tampoco creo que las hayan para los otros ciudadanos). No todos requieren lo mismo, no todos se benefician de las mismas soluciones. Las villas, por ejemplo, traen aparejadas ventajas incuestionables: agua potable, corriente al interior de la casa, alcantarillado, luz eléctrica. Es difícil que alguien se resistiera a estas comodidades. Sin embargo, una exploración más en detalle sugiere que no todo es como planificadores, residentes y arquitectos quisieran. La villa, que acoge a millares de familias sin casa, tiene sus bemoles, y los predios que atrás se dejaron no eran sólo tierras baldías.

Despertar en una villa después de una vida en un campamento no es fácil. No es algo enteramente bueno ni algo enteramente malo. No obstante, es un cambio fundamental, un hecho traumático en la vida de cualquier familia. En lo que sigue me propongo compartir algunas interrogantes acerca de estas transformaciones en la vida de los habitantes marginales de las grandes ciudades. Para hacer este ejercicio me apoyaré en mi propia experiencia de campo, informada por algunos supuestos teóricos y por la percepción de los protagonistas de estas transiciones en el suelo urbano expresada no sólo a través de palabras sino también de dibujos.

En mi experiencia de terreno acompaño a dos grupos: uno, pobladores de un antiguo micro campamento de Pudahuel, el otro, los emigrados que, a través de los programas sociales de la vivienda accedieron, en 1990, a la Villa San Luis de Maipú. Para ello instalo en el campamento una mediagua de emergencia cedida gentilmente por el municipio y, durante un año, me integro a las redes sociales que unen a los vecinos de lo que en adelante fue mi barrio con aquellos que dieron finalmente con la soñada casa propia. Esta experiencia sirve de trasfondo para hacer la comparación entre una situación y otra.

Sobre esta base postulo una aproximación teórica, metodológica y práctica acerca de la relación entre la ciudad y sus más desventajados habitantes, algunos de cuyos aspectos procuro compartir en adelante. Entre estos aspectos el más importante es el de conceptualizar a los pobres de la ciudad en su interrelación con el medio urbano más que en la constitución interna de su propio mundo. Esto es, entender sus formas de organización y prácticas de vida como el resultado de su relación con la sociedad mayor.

OTROS TEJIDOS PARA OTROS HABITANTES

La necesidad de constituir tales tejidos sociales deviene de una inserción desigual en el plano urbano. Ello porque el habitante marginal debe procurarse, a como dé lugar, de los medios de vida que para el ciudadano están dados casi por definición. No cabe, pues, entender que el diseño de un campamento, por ejemplo, sea gratuito y que sólo responda a los hábitos de un grupo residencial precario. Por el contrario, el diseño espacial del campamento, como cualquier otro aspecto de su estructura física, social, o cultural, es sintomático de la inserción que el grupo tiene en la sociedad de la que es parte. La invitación consiste en así entender las formaciones físicas y sociales como un diálogo complejo entre grupos humanos diversos y con el estado.

La forma que los propios actores tienen de percibir la relación con el medio urbano pone de relieve la desigualdad con que unos y otros se posicionan en el mapa de la ciudad. El ciudadano pleno se posesiona del hábitat, emplazando sobre el plano su infraestructura y recursos. La ciudad es, desde esta perspectiva, un arsenal de recursos dispuesto para el goce y aprovechamiento. Así queda de manifiesto en la forma como jóvenes del sector de altos ingresos dibujan su ciudad. Por el contrario, desde la perspectiva del habitante marginado, lo que queda de relieve es un gran vacío, un enigma, del cual no es parte y fuera de cuyos márgenes se dibujan tímidos los trazos que describen el propio habitar (*dibujos 1 y 2*).

Para el ciudadano periférico es, pues, preciso recrear aquello que al ciudadano pleno le es dado y, para hacerlo, no puede valerse sino de ejercicios informales a través de los que genera recursos que le son vitales. En su dimensión material, el campamento aparece como un artificio



DIBUJO 3:

El campamento visto por un visitante

re. En efecto, todo en el campamento es visible o audible, todo se puede tocar u olfatear y, por lo tanto, se hace accesible para el conocimiento, uso y control colectivo. Así, por ejemplo, los bienes se ponen a disposición de quienes los necesiten; se sabe quien está de pago o quien vendió algo, se sabe a quien pedir y cuando. Es justamente esta condición la que permite sortear las vallas económicas, jurídicas y sociales que se imponen a quienes viven en un campamento.

SER COLECTIVO

La proximidad de cuerpos y vidas fuerza a otra regulación de la vida social. Los eventos al interior del campamento involucran a todos. Para bien o para mal, lo perpetrado lo es – en forma directa o indirecta – por todos. Lo perpetrado puede ser materia de inquisición o de admiración, expresión de caridad o simple delito; su función no es otra que la de expandir la base de sustentación de los vecinos.

En un dibujo hecho por una vecina ([dibujo 4](#)), ironiza sobre la situación poniendo de relieve aspectos que resultan ser tabú en otros sectores sociales: los ratones, la ropa de interior, la violencia y las drogas se despliegan ante la mirada de los vecinos en el espacio comunitario del campamento. Lo que desde otro punto de vista pudiera parecer una exaltación de lo antisocial, a la luz de la experiencia se revela como una fina regulación de conflictos sociales. Un ejemplo interesante se relaciona con los conflictos conyugales. Para vecinos es fácil intervenir cuando un hombre golpea a su mujer. “ ¡Se le está pasando la mano, vecino!”. Basta el llamado de atención de un tercero para neutralizar lo que de otro modo culminaría en

una posta de hospital. El espacio comunitario, intersticial entre las unidades residenciales, es un espacio de permanente negociación de las actividades y conflictos sociales. Su existencia sirve para amortiguar peleas que de otro modo se desencadenan bajo formas catastróficas.

INTERESES BARRIALES

El tercer aspecto en la vida de un campamento se relaciona a su inserción en el medio comunitario. La verdad es que vecinas y vecinos del sector comunal se quejan de “esta gente de mal vivir”, pero pareciera ser igualmente cierto que no dejan de ser rentables estos malos vecinos. El micro campamento que conocí se inscribía en redes sociales más vastas y más invisibles. Más que un asentamiento autosuficiente, como muchas veces parecieran ser los campamentos, se trata más bien de un nodo a través del que se articulan redes sociales por las que fluyen bienes, servicios y todo tipo de intercambios. Lo inmóvil está, o pareciera estar, poblado de puro movimiento. Objetos (robados, abandonados, donados) transitan por este mundo, mutando su naturaleza (como el refrigerador que se convierte en alacena), cambiando de manos, entregándose al usufructo colectivo (como el martillo que se ofrece a quien lo necesita).

De los flujos de un campamento se benefician no sólo sus residentes sino vecinos que a diario vienen a trocar objetos, a servirse de favores, a comprar, a hacer encargos. El campamento invita a ser visto como un punto donde se encuentran actores diversos que, por depender de la informalidad para su sustento, buscan el amparo de un sitio anónimo para conducir algunos de sus quehaceres. Curiosamente, la ausencia del campamento alivia ciertos problemas (“Por ahí asaltan”, aseguran los pudahuelinos) pero no conocemos aquello que agrava.

EN EL DESCAMPADO

Paradójicamente, la aglomeración en la periferia, en un



DIBUJO 4:

El espacio comunitario

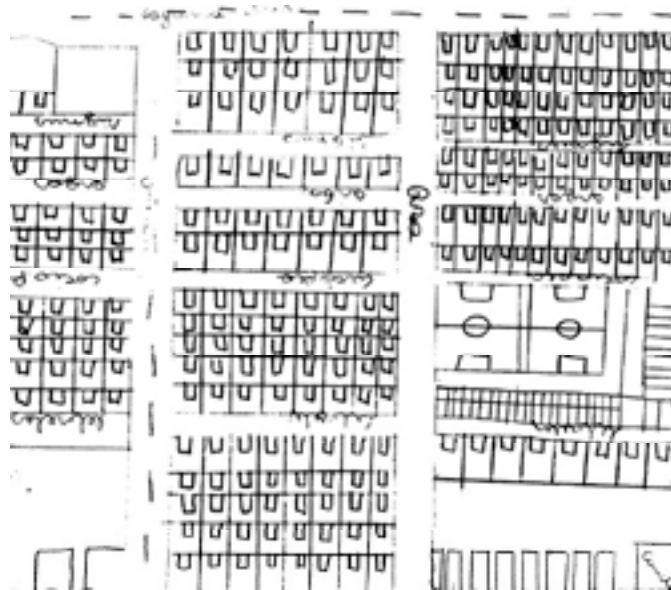
primer momento, al menos, deja en la intemperie social a buena parte de quienes, en sus antiguas habitaciones habían consolidado una cierta estabilidad. La Villa San Luis de Maipú, que a través de la crónica roja ha adquirido con los años notoriedad pública, fue el destino de la mitad de los moradores del campamento pudahuelino al que nos hemos referido. Tras un traumático y desordenado traslado, los pobladores reconocen la estrechez de las nuevas condiciones de vida. “Me doy una vuelta y ya estoy al otro lado de la casa”, “doña Nina no cabía en el baño”, “Tuve que botar casi todo lo que traía”, “No me cabían los muebles”, son todas expresiones conocidas en estos territorios.

Al salir a las calles se siente con mayor rigor el aspecto negativo del anhelado cambio. La casa propia se levanta en barrio ajeno. Los vecinos son desconocidos, y peligrosos también. Así por lo menos se cree o se dice. Unos son de tal o cual población, “que está llena de patos malos”, o “los que vienen de allá no se tienen buena con los de acá”. Algo evoca un clima de guerra interna: los pobres se hacen vuelto contra sí mismos, proclamando territorios y defendiendo bastiones, quedando avenidas y calles entregadas a la violencia de las bandas. Ello ocurre al tanto que los viejos tejidos se han resblandecido, quedando los residentes expuestos a una suerte de intemperie social, la que se hace sentir con mayor intensidad a lo menos en tres aspectos de la vida social del margen: la transformación del orden social, la especialización residencial del hábitat, y la urgente necesidad de dinero.

UN NUEVO CLIMA SOCIAL

Las villas son asentamientos masivos, traslados mayúsculos de la población marginal. Se trata de concentraciones de pobres. Las vistas aéreas son elocuentes en este sentido: el poniente de Maipú, por ejemplo, evoca un gigantesco penitenciario al que la ciudad ha sometido a sus menos afortunados residentes. A diferencia de las chimbas y guangualies de antaño, se trata de territorios planos, cuya sola función es la de albergar una fuerza de trabajo que no siempre encuentra clara inserción en los mercados ocupacionales. No existe aquí ni recreación ni fiesta, al modo de antaño, ni mucho menos complejidad a través de las fronteras sociales (dibujo 5).

Los nuevos residentes saben que sólo hay un modo de sortear el escollo en que viven: amurallarse en sus viviendas. A diferencia del campamento, llama la atención la proliferación de rejas, protecciones, candados y todo medio de autoprotección. La casa busca crecer hacia adentro, en tanto que a la villa se ha privado del principal mecanismo de regulación social que tenía el campamento, a saber, el espacio comunitario. En efecto, los campamentos (como los antiguos cités y conventillos) cuentan con espacios comunes a través de los que produce la interacción y el control social entre los residentes. Asfixiante, como pudiera parecer, este mecanismo ase-



DIBUJO 5:
La villa vista por un joven

gura el conocimiento recíproco de los residentes y el procesamiento colectivo de los conflictos que se producen al interior. La villa, en cambio, entrega sus espacios públicos a la policía, en el mejor de los casos, o, lo más habitual, a las pandillas. Más allá de los límites de sus casas, los moradores no encuentran mayor protección.

BARRIOS RESIDENCIALES

La villa es concebida como un barrio residencial. Ello supone que la principal función del espacio construido es la de servir de habitación. Ello importan imponer una concepción de lo residencial a una población que en buena parte ha dependido de sus viviendas como un medio de producción. Ni una carretela, ni mucho menos un caballo encuentran lugar en la villa, y, sin embargo, son (o fueron) importantes medios de vida para los residentes. La cantidad de actividades asociadas a la residencia en un campamento son diversas y todas ellas proveen una base de vida para sus moradores. La chatarra, tierra de hoja, talleres de calzado, almacenamiento y reciclaje de materiales son parte de este repertorio de la vida económica del margen. Tendrá razón el planificador al afirmar que muchas de las actividades en la periferia, además de ilícitas pueden ser dañinas para la salud, pero la Villa San Luis pareciera demostrar que su erradicación es más devastadora que cualquier intervención alternativa.

Al especializarse la función residencial desaparecen la posibilidad de complementar actividades, como ocurre en un campamento. Al igual que en otros dominios, semejante escenario sólo puede estimular una competencia más bien agresiva entre vecinos que aspiran a los mismos fines. Así, pues, mientras en el campamento un vecino me decía: “A mi vecino le di ese pedazo (de terreno) porque

yo no podía cuidarlo”, no es menos cierto que en la villa, “el primer problema lo tuvimos por la reja”.

CUESTIÓN DE DINERO

La ausencia de actividades alternativas, la ruptura de las redes de cooperación y la imposibilidad de hacer un uso sistemático del valor residual de los bienes, asociado a la presencia de pagos mensuales que antes no se hacían, lleva inevitablemente a una dependencia creciente con respecto del dinero. Esto que, bajo el prisma de la mirada económica puede ser obvio y hasta simple de resolver, trastrueca buena parte de la vida y organización familiar de los residentes de la periferia. Piénsese, por ejemplo, en quienes pueden producir dinero y bajo qué condiciones y de ello resultará una tensión inevitable del mundo marginal en sus nuevos asentamientos. En efecto, mujeres jóvenes y hombres adultos son quienes tienen mejores opciones en los mercados laborales urbanos. El sueño de una adolescente es “ser como esas señoritas que ande de traje en el metro”, promotoras o vendedoras de cualquier tipo (dibujo 6). Mientras en el campamento las mujeres soñaban con cursos de aeróbica, en la villa la capacitación técnica era más requerida. “Y, si nos dejan, ¿cómo nos vamos a arreglar?”, se preguntaban las vecinas. El dinero organiza y estratifica la vida social. Su posesión y uso confiere prestigio y poder a quien lo tiene. A diferencia del campamento, nuevas categorías sociales cobran vida en la villa: aparecen arrendatarios y allegados, poseídos y desposeídos. En la vida familiar, la mujer madre y sin trabajo se vuelve en exceso dependiente y vulnerable ante su marido, no contando para su defensa – como antes en el campamento – de aquella red de mujeres dispuesta a neutralizar cualquier agresión contra ella. Ancianos y desvalidos son los más desprotegidos en el nuevo escenario. “Yo le llevo comida a la Abuelita”, me comentaba una vecina, refiriéndose a la más anciana de las pobladoras, con quien no tenía relación de parentesco. Esta solidaridad se desvanece en un territorio en que no sólo son desconocidos unos y otros sino también percibidos como amenazantes y peligrosos.

En el nuevo escenario, los hijos hombres entrañan una doble función que los distancia de sus familias. De una parte, reflejan la frustración de sus padres que no disponen de los medios que quisieran para apoyarles en su desarrollo. Son fuente principal de gasto y angustia familiar. A la par, aunque no equipados para el mercado laboral, son especialmente vulnerables ante la delincuencia, el único medio que les permite acceder al



DIBUJO 6:
Imagen de mujer en una villa

dinero. La estratificación familiar se replantea, privilegiándose en ella a los hombres y ganando espacio la mujer trabajadora. Los otros personajes de la escena social, antaño protagonistas, van perdiendo toda su influencia y autoridad social.

CONCLUSIONES

Los campamentos en tanto formas de organizar el espacio residencial representan los medios creativos que los pobladores marginales han desarrollado para encarar la precariedad como condición de vida. Por medio de un ingenioso diseño espacial y una particular inserción en el medio territorial se aseguran de una provisión continua de recursos de vida. A la par logran amortiguar conflictos que de otro modo se tornan incontrolables. El tránsito hacia la villa interfiere en ambos mecanismos: limita las posibilidades de generar ingresos y elimina los sistemas de control interno de las comunidades marginales. La delincuencia y la violencia no son sino resultados esperables de la intervención en tales espacios.

No cabe duda que las políticas de vivienda tienen su lado exitoso y tampoco cabe cuestionar la necesidad de implementar mejoras en los barrios populares. La pregunta casi obvia es cómo hacerlo. En primer lugar, es preciso abandonar ciertas formas de pensamiento y acción que intervienen tal como si la realidad no existiera o como si la realidad en su conjunto fuera pura negatividad. Para que una intervención tenga sentido, los ciudadanos del más pobre origen nos sugieren, en segundo lugar, que algo cabe aprender de su experiencia; que tal vez la solución con que ellos dieron no resulta, a la postre, lo catastrófica como algunas villas han llegado a ser.

La invitación queda abierta a explorar las posibilidades habitacionales que mejor beneficien a los desposeídos de la ciudad. La villa sin duda es una posibilidad, especialmente para aquellos que han accedido a una inserción en los mercados formales del trabajo. Otros, en cambio, necesitan de otras alternativas. La anciana que en el campamento es motivo de la solidaridad comunitaria se vuelve en extremo vulnerable a la indigencia en cualquier otro contexto. La madre desempleada y sin marido arriesga el apoyo de sus pares en las villas y puede terminar aseando pisos ajenos en los departamentos vecinos. Necesitamos aprender de los campamentos, no para perpetuarlos (porque resulta de suyo que no son hospedajes dignos para una ciudadanía plena) sino para derivar de ellos las normas que regulan la habitación popular. De estas normas, tal vez la que más convoque la imaginación del planificador es la del acomodo de la diversidad: en un campamento coexisten casas familiares, piezas personales, albergues, y todo tipo de soluciones que no fuerzan la exclusión. De modo análogo podría plantearse que la solución al problema habitacional de los pobres no es sólo una, que el desafío radica en encontrar aquellas soluciones que mejor se ajustan a cada grupo en particular.